

Rafael G^a Maldonado

El desaliento



anantes

narrativa

El desaliento

RAFAEL GARCÍA MALDONADO

Primera edición: Septiembre de 2022

© RAFAEL GARCÍA MALDONADO

© ANANTES GESTORÍA CULTURAL

www.anantescultural.net

Diseño: Anantes Gestoría Cultural

ISBN: 978-84-124611-7-6

DEPÓSITO LEGAL: SE-1772-2022

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

A Manuel Pichardo, mi editor.

*Y a Pape Baye, que me llevó a África
y me mostró el corazón de las tinieblas.*

Se guiaban por un instinto anterior al conocimiento, nacido acaso en la zona inmemorial de una experiencia que no era de ellos, sino de quienes los habían precedido en el desmonte y transfiguración de la marisma.

JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD, *Ágata ojo de gato*

Así entran en la vida de los blancos, con súbitas y agudas infiltraciones negras que aíslan los hechos de los blancos durante un instante como verdades indiscutibles bajo un microscopio; el resto del tiempo son solamente voces que ríen cuando uno no ve nada de qué reírse, y lloran cuando no hay motivo para llorar.

WILLIAM FAULKNER, *El ruido y la furia*

A veces me da por pensar que todos los veranos son el último verano, pero en aquel tiempo, cuando entonces, el verano era Sanlúcar. De muy joven pasaba casi todo el año con un nerviosismo de examinando permanente hasta el día en que nos daban las vacaciones del colegio y mi madre desmontaba la casa de Sevilla para irnos a la de mis abuelos desde finales de junio hasta comienzos de septiembre. El verano era Sanlúcar y era el chalet y la abulia y los primos y la inocencia y la libertad, de tal forma que ya en esos años me percibía a mí mismo como un preso cervantino en Sevilla al que sólo dejan salir de la celda durante el estío, que para mí era, paradójicamente, más largo que los diez meses anteriores. Cuando años después los curas de la escuela me hicieron aprender de memoria algunos versos de Jorge Manrique yo no podía entender eso de que la vida eran los ríos que dan a la mar, que es el morir, porque si para mí existía una vida verdadera, una resurrección, era la de imitar el curso del Guadalquivir por la carretera y llegar hasta la luz del estuario de Sanlúcar, contemplando esteros y salinas y atravesando las marismas misteriosas del Coto de Doñana, de la, así llamada allí, otra banda. Mi padre, que se quedaba de Rodríguez en la capital y que sólo venía a vernos los fines de semana fingiendo un cansancio laboral que sólo se creían mi madre y mi abuela, y al que trataban entre algodones con manzanilla en rama fría alejándolo de nuestros ruidos, nos metía a todos en un SEAT 1500 que atestaba hasta la boca a la manera de un marroquí

que vuelve a su casa de Fez desde Bruselas subido en un ferry de Algeciras, y hacíamos el camino con las ventanillas abiertas, mezclándose el humo del Ducados perenne de mi padre con la flama, la impaciencia por llegar y la tremenda voz de Antonio Mairena saliendo del casete por los baffles retumbantes de las puertas. Si te digo la verdad, llevo toda la vida queriendo navegar a través de ese Misisipi del sur de España, como le dice al gran río un amigo escritor del que te hablaré, sí, navegar en un barco de vapor como los de los libros infantiles de mis hijos, río arriba o río abajo, desde Sevilla a Sanlúcar o viceversa, o bordear el Coto viendo volar el algodón de azúcar narigudo de los flamencos, las inmensas grullas tan parecidas a mi tía Federica los domingos para ir a misa, los lince ibéricos persiguiendo entre ronroneos hilos de lana imaginarios, la majestad rumiante y cornuda de los gamos, el oleaje de arena de las dunas, la flora ignota y arborescente propia de selva de descubridores con pendones del rey de España, y ahora que te tengo delante pienso que quién mejor, que quizás seas tú la que me acompañe, algún día y ya viejos, como Florentino Ariza y Fermina Daza, sin nada que hacer, hasta que termine nuestra vida, ese vaivén del carajo del que se quejaba, enamorada y metafóricamente, la orgullosa viuda del doctor Urbino. Quizá el primer recuerdo que tengo de mi vida sea allí, sí, porque me viene a la cabeza constantemente el revuelo iracundo de una bandada de gaviotas graznando y la imagen de dos barcas pesqueras fondeadas en la marea baja de mi memoria, pintadas en el óleo de la nostalgia de un niño que sin quererlo se ha hecho mayor, dos barcas a las que hace danzar el poniente, barcas que me llaman a la salida, a la aventura, o quizá no sean más que señales oníricas de que he llegado a alguna parte, que aquellas *Co-*

plas tenían razón y que los señoríos humanos van derechos a acabarse y a consumirse. Dos eran también los muertos que aparecieron en la embajada española de Karad, aquí al lado, a unos cientos de metros en línea recta desde esa ventana, y dos los inspectores que vinimos a investigar con celeridad a Sembia: yo desde Sevilla y Ventura Ranz desde Madrid. Tú debías de ser una niña en aquel tiempo, y me hubiese gustado ver cómo saltabas a la comba o jugabas a las palmas con tus amigas, una inocencia pura con uniforme y falda de cuadros y calcetines burdeos como el jersey con una coleta y flequillo que seguro ya era la envidia de las compañeras de pupitre, puedo imaginarte, sí, no me es difícil, una niña que no sabía por entonces que la gente se moría y que los hombres se mataban entre ellos, que existía el mal y que había un mundo horrible fuera del recreo y del sofá parisino donde se aburrían papá y mamá esos domingos eternos en los que, tras leer los periódicos, ya no tenían nada que decirse el uno al otro. Eras una niña, sí, una niña guapa y alta y morena que hubiese hecho las delicias de un rijoso y despiadado sultán petrolero coleccionista de virgos árabes, cuando a mí, que tenía unos treinta años, me llamaron desde las cloacas del Estado con unas urgencias y nerviosismo malsanos, desasosegantes.

Nunca he sabido muy bien qué hacer con mi vida, amiga, y he sentido siempre una insana envidia hacia todos aquellos que se conducen por el mundo como con unas instrucciones y una serenidad de espíritu que no nos han dado a los demás, esa gente que asume perfectamente los horrores con un estoicismo de filósofo romano, ya sea la finitud a secas, la muerte del cónyuge o del hijo, la enfermedad propia o cercana o lo protervo de sus coetáneos, pero menos todavía supe cómo obrar en esos años en los que, no

sé si me entiendes, las cosas y los asuntos parecían más de verdad que los de ahora, más perentorios: esos años en los que la muerte sólo existía en las películas del Oeste donde los pieles rojas caían al suelo desde caballos pintos en una confusión de sangre y plumas, tiroteados por John Waynes de andares zambos enamorados de sus cuñadas, la única muerte de la que sabía y gozaba era la de nazis con caras de odio a los que mataba Lee Marvin en *Doce el patíbulo* o la de los japoneses iracundos sobre los que saltaba en paracaídas Errol Flynn en *Objetivo Birmania* desde ruidosos aviones de hélice pintados de camuflaje. Era un muchacho sentimental, tímido, reducido de tamaño y de espíritu por la protección totalizadora de una madre rolliza y autoritaria y maravillosa, y aunque no se me note adoraba leer y la música y anduve entre clases y el conservatorio el tiempo que duró la pasión pianística de un Glenn Gould sureño, y acabé matriculado en Físicas supongo que merced a la taumaturgia del duende del que hablaba Hegel, el que dominaba el curso de la historia, que en mi caso comenzó en Sevilla y acaba aquí, en África, nada menos que frente a una mujer como tú. Lo cierto es que sabía poco de la vida y menos de la muerte cuando me vi cara a cara con el espanto sin tener las mínimas defensas, ciertas empalizadas en el alma para hacer frente a las preguntas sin respuesta acerca del mal, el yo, el cosmos y la finitud humana. Sí, me convertí en inspector y muy poco tiempo después mi nombre salió en los papeles y en telediarios por culpa de mi implicación en un caso de intento de asesinato en un peculiar burdel de Sevilla, un infausto, oscuro sótano en el que no he vuelto a pensar, quizá por el propio interés de mi psique en defenderse, hasta ahora mismo. Un encargo que, no vas a creerlo, venía hecho por la conocida mujer de

un pez gordo con hechuras de morsa escandinava y lujuria invertida de libélula, una señorona beata, arcaica y lacada en oro de nombre Cayetana, cuya voz penitente de mártir no logro olvidar, de la misma manera que no olvido tus afectos pretéritos ni la sensación de la primera zambullida del verano en los afluentes desconocidos del Guadalquivir a los que me llevaban de excursión los primos mayores.

Después de aquello mi vida devino en pequeñoburguesa, fácil, aburrida, más parecida a la de mis padres y abuelos que a la que yo suponía que iba a tener durante los conatos revolucionarios que, mal que bien, sentíamos casi todos los jóvenes de un país que cambiaba a pasos agigantados a medida que morían caudillos entubados con flebitis, desaparecían dinosaurios con bigotillos diminutos, se tornaban flácidos los espadones fálcos de los militares, los curas se replegaban en sus iglesias espantosas del Concilio Vaticano Segundo y llegaban al poder tahúres con el peinado de Kennedy que se alimentaban de tortillas y tabaco negro y más tarde andaluces rudos con chaquetas de pana y picos de oro que encandilaban en secreto a las señoras conservadoras como Cayetana de Castro y como mi propia madre. Nunca me interesó la política demasiado, pero entonces si estabas vivo, si te latía mínimamente el corazón en el lado izquierdo del pecho y detestabas la rancia vida de tus progenitores te apuntabas el primero a aquella idiotez del prohibido prohibir, salías a la calle en pleno invierno con un paraguas pensando que era mayo y que no era Sevilla en el enero de 1977, sino París en el 68. Te cuento esto porque al poco de casarme estuve a punto de abandonar a mi mujer, y no sabría, preciosa, decirte muy bien por qué, y es que, ahora lo sé, fueron esos unos años en los que, como te contaba, todos a tu alrededor lo hacían: no sabíamos

ser libres, no, la libertad nos estorbaba en las manos como una granada sin anilla, y antes de que estallase era mejor tirarla lo más lejos posible. Se puso de moda abandonar a las esposas que habían sido novias desde mozalbetes de la misma manera que hoy se estila adoptar perros abandonados por miserables desalmados en las gasolineras, sí, perros con cara y andares de rumanos tullidos con dientes de oro de las puertas de las iglesias, que nos llaman a la compasión de la misma forma en que lo hacen, con gestos pedigüeños de veteranos de las guerras de Flandes olvidados por su rey, esas masas informes contrahechas de harapos y miembros romos, ausentes o llenos de clavos mortificantes. Los hombres, porque siempre o casi siempre eran los hombres, que pretendían vengar con su torpe lujuria la castración social de sus antepasados, abandonaban de repente niños con fiebre, mocos y suspensos en matemáticas, huían como de la peste de colmenas de color ladrillo y estilo soviético de las afueras, adonde volvían años después con el rabo entre las piernas buscando una reconciliación humillante, tras haberse dado cuenta de que su vida era también una basura acostándose con la compañera liberada del trabajo y fumando una marihuana que le daba taquicardia en conciertos de almodóvares maquillados con medias y pendientes y crestas fluorescentes de punkis fúnebres animados por las pamplinas demagógicas de alcaldes al loro y traje gris. Entonces no sabíamos de dónde nos nació, tan rápido, tanta infelicidad, tamaña decepción, pero lo cierto es que se vio pronto que bajo los adoquines no había arena de playa, sino la certidumbre de que el ser humano es únicamente un amasijo de soledad y temor sin lenitivo posible, y de que nacemos solos y morimos solos, y en definitiva la certidumbre de que lo que uno buscaba al casarse con su novia

era, egoístamente, un par de manos de mujer que asir bien fuerte cuando venga a por nosotros la pessoana diligencia del abismo, acompañados por hijos solícitos alrededor de la posada donde cantamos lento, como el poeta portugués, mientras esperamos. Odiábamos a la burguesía porque de alguna forma detestábamos a nuestros ancestros aburridos, grises, desencantados, hipócritas, pero ni siquiera sabíamos qué era la burguesía, ni que Marx había dicho que gracias a ella el mundo avanzaba, nosotros leíamos en contubernios inofensivos de pisos de playa de nuestros padres cuatro consignas de Martha Harnecker y odiábamos nuestra mala conciencia judeocristiana, el malestar del sexo, los militares por todas partes, los curas henchidos de poder y a las señoronas que después de misa, en el rastrillo, paseaban zorros disecados en las solapas del abrigo, animalillos de dibujos animados perseguidos en la campiña inglesa que me miraban desde las alturas, apoyados en bustos sobrea-bundantes de gallinas enjoyadas, pidiéndome con los ojos disecados y los colmillos de pavor una clemencia que no podía ofrecerles, mientras vendían sus sobras agitando las huchas petitorias.

Que estemos aquí, querida amiga, no tiene sentido alguno, sería absurdo buscarlo en alguna parte porque no existe, no es nada, igual que nosotros, que no somos nada más que dos insignificantes espíritus a los que han dejado asomarse unos años a un planeta extraño y cruel en el que, paradójicamente, nos desesperamos y pataleamos para no abandonar cuando la enfermedad o los años nos alcanzan. Pero se puede vivir sin sentido, se puede hablar y se puede escuchar, y eso es lo que te pido que hagamos, que tu generosidad para conmigo la conviertas en un gran oído y me prestes atención, sí, algo así, imagínate que este cocham-

broso sofá africano es un diván y que tú eres mi psiquiatra, o mi absurda y estafadora psicoanalista, déjame hablar, sólo quiero hablar, hacer un repaso de algunos trozos de mi vida que no logro comprender, y tal vez así, quién sabe, pueda sacar de mi cerebro la espina incrustada que no me deja pensar más que en esos dos hombres que mutilaron, descuartizaron y desmembraron en la embajada sobre la que ondea todavía —fíjate, detrás del edificio turquesa— la bandera rojigualda.